

## EL PAN DESPUÉS DE 12 AÑOS DE GOBERNAR A MÉXICO, ¿CUÁL ES SU FUTURO?

■ Juan Federico Arriola\* ■

DE REGRESO A LOS PINOS

En mi colaboración anterior, publicada en el segundo semestre de 2009, en esta misma revista, terminé mi breve ensayo con estas palabras: “El PAN fue digna oposición de 1939 a 1987, regular oposición de 1988 a 2000 y malos gobiernos en lo que va de esta década. A los hechos históricos me remito”.

No soy adivino, y como creyente de la libertad humana, no puedo anticiparme a los sucesos políticos. Sin embargo, puedo plantear diversos escenarios, dado que ahora, y no en 2009, sabíamos siquiera quiénes contendrían en las elecciones federales para la Presidencia de la República.

---

\* Es profesor investigador de tiempo completo en la Universidad Iberoamericana. Doctor en Derecho *cum laude* por la Universidad Panamericana y doctor en Filosofía con mención honorífica por la Universidad Iberoamericana.

El Partido Revolucionario Institucional (PRI) ganó las elecciones presidenciales con menos de 40% de los sufragios emitidos, lo que da cuenta perfectamente de que no tuvo mayoría en estricto sentido, y esto sin contar a los ciudadanos mexicanos que se abstuvieron y ni siquiera fueron a las casillas a votar.

El Partido Acción Nacional (PAN) tuvo diversos desgastes que lo llevaron a la derrota electoral por la titularidad del Poder Ejecutivo federal y a la pérdida, en los últimos años, de varias gubernaturas y la disminución de su presencia tanto en el Senado, en 2012, como en la Cámara de Diputados, en las elecciones intermedias de 2009 y posteriormente en julio de 2012.

El partido fundado por Manuel Gómez Morín no fue ideado para gobernar y si bien en ese instituto político hubo siempre algunos miembros con mentalidad democrática y de servicio, también hubo opositores que se sumaron a las filas azules, para alcanzar una posición de gobierno o de legislación.

Los desgastes sufridos durante el sexenio de Vicente Fox (2000–2006) y de Felipe Calderón (2006–2012) fueron diversos y entre cada uno diferentes.

El gobierno de Fox tuvo un capital político enorme, debido a una alternancia pacífica con un número de votos que le permitió distanciarse de su más cercano competidor, Francisco Labastida del PRI. Aquel bono democrático comenzó a perderse cuando el guanajuatense cedió de facto el poder que obtuvo en las urnas a su segunda esposa, Marta Sahagún, una mujer sin preparación académica y política para opinar y mucho menos para tomar decisiones de carácter nacional e internacional, incluso antes de ser cónyuges en julio de 2001.

El sexenio de Fox no estuvo libre de escándalos. El primero fue, en enero de 2001, cuando el narcotraficante “Chapo” Guzmán fue sacado de prisión de manera irregular, lo que evidenció que la nueva Secretaría

de Seguridad Pública no estaba preparada para hacerse cargo de la vigilancia de las cárceles federales y mucho menos para preparar programas de readaptación social.

Fox pretendió que su mujer fuese la candidata presidencial del PAN para los comicios de 2006, y al no poder concretar su plan original acudió al plan B, que implicaba que su secretario de Gobernación, Santiago Creel, fuese el abanderado panista. Fox se frustró al percatarse de que Felipe Calderón, quien durante el sexenio 2000–2006 fue primero diputado federal, después secretario de Energía y posteriormente vivió desempleado y aún sin reflectores y presupuesto, pudo doblar a Creel.

Calderón se comprometió a ser el presidente del empleo y también prometió recuperar las calles y las carreteras para los gobernados y quitárselas a los delincuentes. Esto no aconteció, y su “declaración de guerra” a la delincuencia organizada tuvo un costo enorme en vidas humanas, aunque también es injusto atribuir a las equivocadas decisiones de Calderón, en materia de seguridad, toda la responsabilidad del desastre. Los gobernadores de los estados no supieron, o quizá no quisieron, colaborar de manera eficiente con la Federación en el combate a la delincuencia en general.

Las víctimas sobrevivientes de la delincuencia y la violación a los derechos humanos, durante el sexenio de Felipe Calderón, alzaron la voz y se hicieron notar.

No se debe acusar al político oriundo de Michoacán de ordenar la muerte violenta de miles de personas, pero sí de haber sido muy obstinado en defender a su secretario de Seguridad Pública, Genaro García Luna, quien demostró no ser el personaje idóneo para cumplir con las tareas que le ordenaba la Constitución y las leyes que le daban atributos de competencia. Los escándalos continuos del personal de la Policía Federal, más la inseguridad pública que empeoró severamente en más de

un tercio de las entidades federativas, eran motivo suficiente para cesar a García, cuestión que no aconteció a pesar de los reclamos ciudadanos.

Lo anterior, además de la división interna de los panistas, más que manifiesta en diversos actos, y la indebida intromisión de Calderón en asuntos de su partido, lo convirtió en un priista pintado de azul. Al parecer, tuvo varios preferidos para sucederlo en el poder: Juan Camilo Mouriño, quien se mató en un accidente de avión de noviembre de 2008, luego Alonso Lujambio, quien enfermó gravemente en 2011 y falleció en 2012 y también Ernesto Cordero, quien se desempeñó como secretario de Desarrollo Social y luego como secretario de Hacienda y Crédito Público. Fue tan mediocre la precampaña de Cordero que se limitó a repetir lo deseado desde la residencia de Los Pinos, que llegó a decir que mantendría a García Luna como titular de la fallida Secretaría de Seguridad Pública Federal.

A Calderón le aconteció lo mismo que a Fox, no logró imponer autoritariamente a su candidato, y tuvo que aceptar, de mala gana, el triunfo de Josefina Vázquez Mota sobre Cordero y Creel —que tampoco gozaba de la simpatía de Calderón—, la primera mujer que contendía a la Presidencia de la República por parte del PAN.

Por supuesto que era deber de Calderón, como titular del Ejecutivo federal, no intervenir en el proceso electoral, y por tanto no debía apoyar absolutamente con nada a la candidata del PAN, pero el tema se agravó dado que la propia candidata panista se quejó que parte del equipo presidencial y algunos de sus seguidores la espiaban y la sabotaban. Esto, más los errores propios de Vázquez Mota hicieron que se desplomara hasta el tercer lugar en las preferencias de los ciudadanos, sin contar el sabotaje que le hizo su antiguo jefe, Vicente Fox, quien de manera abierta y descarada apoyó la candidatura presidencial de Enrique Peña Nieto.

El PAN tiene diversos caminos: uno, es esfumarse como opción política si persiste en abandonar sus principios fundacionales, ya que los

gobiernos de Fox y Calderón sustituyeron la doctrina de su partido por el pragmatismo: pactaron y apoyaron el corporativismo priista corruptor que habían denunciado años antes de asumir el control del poder.

Otro camino que le queda al PAN es reconvertirse en una oposición digna y crítica, en la que le haga saber al gobierno federal de Peña, así como a los gobiernos locales de todo signo partidista, sus errores y apoyar la gobernabilidad con eficacia y transparencia.

Una tercera vía es volverse un partido saboteador que intente el fracaso del gobierno priista y con esto gritar a los cuatro vientos que el PAN sí puede hacerse cargo del país de nuevo, lo cual implicaría, además, unirse internamente.

En cualquier caso, requiere revisar sus prácticas, sus cuadros, sus cursos, sus gobiernos locales y prácticas parlamentarias.

El PAN tendrá un difícil regreso mientras Fox siga formando parte de este partido, mientras su corazón y sus intereses económicos están con el gobierno de Peña Nieto, mientras Calderón intente volver a controlar la vida de Acción Nacional.

El PAN se pudrió en el gobierno. Los panistas perdieron el poder, el partido y el prestigio. Su futuro se ve complicado. Ni Maquiavelo aprobaría su comportamiento, ya que no tuvo resultados eficaces aun con prácticas alejadas de la ética.